

# Perseguidor de camaleones, *¡Despierta ya!* de Jaime Velasco Estrada



Escultura de un Sátiro posterior al estilo de Praxíteles, 325 a.C. Museo del Louvre. (Fotografía: Dmitri Kessel // Time Life Pictures / Getty Images)

Francisco Mercado Noyola

*Escribimos para ser lo que somos o para ser aquello que no somos. En uno o en otro caso, nos buscamos a nosotros mismos. Y si tenemos la suerte de encontrarnos —señal de creación— descubriremos que somos un desconocido. Siempre el otro, siempre él, inseparable, ajeno, con tu cara y la mía, tú siempre conmigo y siempre solo.*

OCTAVIO PAZ

EXISTE EN TODO ENTE SENSIBLE UN YO CAMALEÓNICO que se persigue a sí mismo en la invención de *otros*. En esta búsqueda todos los nombres son uno y el mismo. Se halla por esta senda la confraternidad en el dolor y en la búsqueda, en la condición trágica de ser humano. El encuentro con el *otro* es tan temido y tan deseado como el que se busca consigo mismo. Siglo XXI, en coedición con la UNAM y el Colegio de Sinaloa publican la colección de cuentos *¡Despierta ya!*, del joven autor chiapaneco Jaime Velasco Estrada, la cual propone un ejercicio lúdico intelectual e impone un desafío a las aptitudes interpretativas y de descodificación de un lector inteligente, acucioso. Recupera la tradición narrativa aurisecular,

Esculturas del frontón oriental del Partenón, 438-432 a.C. Museo del Louvre. (Fotografía: Dmitri Kessel // Time Life Pictures / Getty Images)



siguiendo un procedimiento complejo de honda raíz antigua —oriental y medieval— en que se tropieza con sorpresivas y aleatorias cajas chinas. Se trata de una secuencia rigurosa de relatos comenzados *in medias res*, con intersticios vacíos de información que atrapan en su intrincada madeja y comprometen al lector en medio de continuas analepsis y prolepsis y numerosas digresiones que van delimitando el carácter y el haber de los personajes. La narrativa y el ensayo huellan mutuos territorios en *¡Despierta ya!*, apuntando hacia la hibridez de géneros tan señaladamente posmoderna. Existe en la colección una alternancia armónica del léxico culto con los giros populares y el argot juvenil de una clase media estudiantil depauperada. Incesantes intertextualidades, referencias literarias, filosóficas y bíblicas contribuyen a entretener en una unidad narrativa episodios tan viscerales como cerebrales y espirituales. Vida y literatura, teoría y praxis se unen en un solo torrente que fluye por las páginas de esta colección.

Alardes de erudición y alta cultura enunciados con una labia arrogante y altiva, que lleva la atenuante de la juventud del autor, *¡Despierta ya!* se desenvuelve elucidando conflictos ontológicos: lo orgánico, visceral y escatológico confrontado con lo etéreo, trascendente y sublime. La coordinada cronotópica la determinan la atmósfera y los espacios de convivencia universitarios, con sus personajes inmersos en la inopia de una

intelectualidad munífica en juventud. El autor exhibe un profundo conocimiento de los modos de existencia de la homosexualidad capitalina, sus hábitos, su jerga y sus espacios de interacción en la geografía urbana. El marco cultural lo conforman las prácticas sociales de la diversidad sexual abierta que inaugura temáticamente el siglo XXI mexicano y lo inserta en la posmodernidad. Verbigracia, en voz del personaje Santiago, Velasco expone una lúcida y elocuente digresión sobre la pareja y el matrimonio. Paradójicamente, quienes se manifestaron en las calles con fervor por los derechos conyugales homosexuales, en la práctica desprecian la ley, el documento, las ataduras en nombre de la perpetuación de las razas y los pueblos. Hollando con un pie el humus legado por los Contemporáneos y los Decadentistas —ya fuera de la clandestinidad—, las criaturas de Velasco enarbolan su herencia de refinamiento cultural mezclado con el conocimiento de los bajos fondos y las posturas transgresoras de la moral burguesa. En *¡Despierta ya!* se suceden anécdotas truculentas de un mundo, no obstante, contracultural y con cierto sello infamante de lo nefando y soterrado. Sus personajes son gambusinos pertinaces del arbitrio transfigurador de la literatura, de las experiencias estéticas rayanas en lo limítrofe. Poseen un hambre intelectual que provoca una embriaguez del conocimiento vital. Son seres sufrientes debatiéndose entre



Jaime Velasco Estrada  
*¡Despierta ya!*  
Siglo XXI / UNAM / Colegio de Sinaloa  
2012, 134 pp.

la lascivia pura y la necesidad afectiva, el hambre física y la espiritual, esgrimiendo por enésima vez el eterno conflicto entre la carne y el espíritu. Llevan a cabo de vez en vez la exaltación de un andrógino marginal, detentor de una autoconcepción de superioridad sobre las limitaciones atávicas de lo “buga”. El joven chiapaneco, en sus relatos, ha hilvanado una breve galería estereotípica de especímenes *gay*. Clímaco es quizá un personaje de intensa sexualidad en ambas orientaciones, atormentado por la culpa y su propia perfidia, que vive engañándose y enjuiciándose a sí mismo. Resulta extrema y lacerante la indigencia repelente y cínica de Santiago. Diego es quizá la cúspide aristocrática de lo *gay*: culto, exquisito, atribulado y pasional, se encuentra empecinado en no erigirse en un Israel patriarca de perpetuos linajes; culmina en la demencia por haber amado y deseado sin medida.

En el cuento “Este sábado”, nuestro renegado Jacob —Diego— discurre sobre las mediaciones entre la vida y la creación literaria, el artificio del texto y su lectura e interpretación. Expone, quizá con conocimiento de la fenomenología de Husserl y de la estética de la recepción por parte de Velasco, la teoría del re-recuerdo, percibiendo a los objetos cognoscitivos como una síntesis subjetiva de una secuencia de

apariciones ante un individuo determinado. De manera que concibe a todo lector como un intérprete íntimo según llene los lugares de indeterminación de la obra, convirtiéndose en *otro* creador; así como los seres humanos nos erigiríamos entonces en co-creadores del universo. En “No me llamen Israel” Santiago y Diego escenifican la rebelión paradójica del personaje en contra de su creador. Quizá con un guiño intertextual con lo que ocurre en *Niebla* de Miguel de Unamuno, el autor expone acaso la verdadera lucha con sus *alter ego* ¿o heterónimos? en sus páginas. Para dar cierre, en el último relato de la serie, Velasco hace otro guiño al lector, insertando a un personaje llamado Jaime, cuya libreta de cuentos es la que aquél tiene en sus manos.

La lectura de *¡Despierta ya!* motiva reflexiones entusiastas sobre la linfa saludable que circula por el torrente del acontecer de nuestra ciudad y de nuestras letras jóvenes. La aceleración del crecimiento teratológico de nuestro espacio urbano, de sus conflictos y tensiones, de sus procesos sociales, de su apertura ideológica y moral, no trae sin elusión —como fatalmente lo precedimos en el día a día— sólo consecuencias catastróficas, sino que pone también en evidencia sus provechosas oportunidades reflexivas y estéticas. Este texto desearía ser una invitación a una novedad de horizontes, receptiva a lo que se produce en el actual caldo de cultivo de desarrollo desbocado y problemático de la ciudad de México. Un joven talentoso, Jaime Velasco Estrada, se aproxima desde la periferia a ofrecernos una prueba polisémica y representativa de la nueva sociedad y sus posibilidades, tan complejas como inagotables. Si su juventud, exuberante de aprendizaje e ideas, logra la síntesis afortunada de su aprehensión sin ostensiones, esperaremos con vehemencia saber de él durante una vida prolífica de obra, anclada en la mexicanidad y sus nuevos avatares.